

POESÍA

LA FRONTERA ES UNA SOGA

Jorge Maldonado Vigoroux

la
tejedora

LA FRONTERA
ES UNA SOGA

la
tejedora
Poesía

LA FRONTERA ES UNA SOGA

Jorge A. Maldonado Vigoroux



EDITORIAL
UNRN

A mi papá, Gastón Alejandrino.

A Mauri y a su niñez, juntos.

*A mi mamá Laura del Carmen
y a mi abuela Hilda Haydeé,
que siendo niñas saltaron sogas y fronteras.*

*Cuando vives en la frontera
la gente camina a través tuyo, el viento roba tu voz.*

Gloria Anzaldúa
Vivir en la frontera

La frontera es una sogá

*dónde tener Patria cuando se es hijo del exilio por hambre
vivo en el vuelo migrante de mi Matria
en busca de la próxima zafra.*

Ymar Sioban
Peces del desierto N°10

|

Han separado la tierra
del mar
del aire.

El cuerpo del alma
del corazón
de la lengua.

La frontera es una sogá
que envuelve mi cuello.

Mi cuello soy yo
y la sogá aprieta.

Parado sobre esta patria macha,
equilibrista inexperto,
me caigo afuera
siempre afuera.

Busco el Sur
como quien busca el miedo
para que lo abracen.

||

¿Cómo se dice
cuando el aire
mueve la cortina
que tejió tu mamá?

¿No hay una palabra?

¿Y cómo se dice
cuando escucho tus dedos
en el teclado
al final de la noche
y sé
que estás despierta?

¿No hay una palabra?

¿Cómo se dice
espero que no estés triste
esta noche
allá donde estás?

|||

Si hay traicionera mayor
que mi lengua
que me lo digan.

La he visto
y la he escuchado.

Sabe echarle la culpa
a la vergüenza
o a que soy lento
para pensar.

Se cree filosa
y no corta
ni pincha.

Ayer
en la asamblea
la llevé preparada
pero se quemó con café
y esperó
callada
a que todo termine.

IV

Detrás de cada bala que dispara la policía
hay un ojo que apunta,
un dedo que aprieta,
y un miedo que crece descalzo.

El mundo reúne esos elementos:
la bala / el ojo / el dedo / el miedo.

Detrás de los cuerpos,
alguien, alguna vez,
habló con amor.

Gatillo fácil	Te amo hijo
La gorra	¿Ya comiste?
Infantería	Volvé temprano

y estos perros ladran y muerden.

V

El cuerpo de esta ciudad
tiene heridas abiertas.

Las conocemos
y caemos en ellas.

Su sangre se mezcla
en nuestra sangre.

Hay voces que esconden
la mugre sobre la alfombra
mientras repiten por radio
que las heridas cerraron
y que el silencio
es salud.

VI

A Tani

Cuando sale mi nombre de tu boca
cuando tu cuerpo me nombra
crecen soles
que tiemblan en el río
y la violencia
se suspende
en cada rincón
en cada frontera.

Infancias

*Nunca vi una trompeta.
Me parece que son largas,
llenas de ruidos bonitos
que se arman en canciones.*

Joshelim
Poesía en cordones

Raro: cuando una jirafa no puede alcanzar una manzana.

Antonella Echeverría, 5 años
El ABC de los niños

VII

Profe,

¿Puedo ir al baño?

¿Me corrige?

¿Lo puedo entregar mañana?

Ya terminé.

¿Corrigió?

Estudié.

¿Tenés hijos?

¿Me querés adoptar?

No entendí.

Ayer no vine porque estaba enfermo.

Mamá.

Señor.

En mi casa no puedo estudiar.

Me dijeron que me van a comprar las fotocopias.

Me duele la cabeza

y la panza.

Una vez me desmayé porque no comí.

Profe,

¿me ayudás?

VIII

Odio jugar en el aula
al juego de mirar las zapatillas
e imaginar una historia.

IX

Y por favor, Señor,
que no seamos más pobres
y que mi papá tenga trabajo
así no vende nuestras cosas
y podamos comer.

Yo me porto bien, Señor,
soy buen alumno
y no me voy a tocar más,
lo juro.

Por favor, Señor,
yo soy bueno,
pero al Bobby se le ven las costillas.

Perdón, Señor,
ahí se acercan los bombos
la gente protesta
y la calle me llama.

X

Quando le di la mano a Robert no sabía
que cuando nació casi se muere
y que por eso no creció tanto
y tiene la voz finita.

No sabía que su papá no recordó su nombre
y entonces improvisó uno
al anotarlo.

No sabía que se inventaría en un papel
una abuela y ovejas que cuidar.

No sabía que no quería hacer la tarea
con el compañero de banco
que nunca hace nada.

No sabía que quería levantar la nota.

Que cada vez que escribe
su nombre en el margen
de la hoja
se olvida de todo esto
y a veces no.

XI

¿Soñaste alguna vez que caías?

¿Alguna vez despertaste
un segundo antes de reventarte
contra el suelo,
agitado,
a salvo?

Para Floreal no fue un sueño,
a sus quince años
lo tiraron
desde un avión.

No pudo volar
porque lo tiraron atado.

Golpeó su cabeza
contra el agua dura
¡Plaf!

Contra el agua
desde el aire
en el instante después

del que uno se despierta.

– ¡Negrito! – grité para despertarte,
pero no fue un sueño.

XII

¡Que me griten lo prohibido a mí, a ver!
¡Que me digan qué no puedo!
Que se acerquen prepotentes.
Que me amenacen con el futuro
o con el presente
que tus hijos tienen que comer
que qué vas a hacer mañana.

Yo leo, a vos te digo,
yo pienso, te repito,
vení,
que aquí estoy
para hacer caso.

XIII

Si me sacaran la venda
alguna vez,
cerraría los ojos
para imaginar
que nunca entraron a casa
que no nos llevaron
que estoy haciendo mates
y hay un mañana.

Entonces después
podría sentarme
tocarme la panza
y creer
que todavía no naciste
que sabrás tu nombre
y que amarás el mar.

Animales

*Ladro porque no sé hablar
ladro porque no puedo encontrarme*

Luciana Mellado
Animales pequeños

XIV

Tanto deseé tener alas
y ahora no sé qué hacer para cortarlas,
vuelven a crecer
como uñas.

Los piojos me lastiman
y sangro
y sin pico con que escarbar
se han hecho carne
mía.

Por el dolor no puedo mover las alas
ni sacudirlas.

Desesperado,
subo a la terraza
quince pisos
y salto.

Otra vez planeo la muerte.

XV

Una vez vi cómo atropellaron a un gato.
Después del golpe intentó correr
y dio algunas vueltas
antes de caer muerto.

—Estaba buscando la vida—
me dijo una mujer.

Otra vez, mi primo Juli me contó
que cuando hundió el cuchillo
en el cuello de una vaca
vio cómo se le apagaba la vida
adentro de los ojos.

¿Algún testigo
dirá
mi muerte?

XVI

El pájaro quiere salir
por más seguras
que sean las rejas.

El pájaro quiere salir
pero el aire
no tiene fronteras.

Afuera
será otra vez bandada.

Olvidarán su nombre.

Adentro, arrancarán sus ojos
para escucharlo mejor.

Ave azul
como el cielo azul
en el mar azul
de sangre azul
en la montaña azul
lejano.

Adentro, el pájaro quiere salir
y la puerta abierta
lo desconcierta.

XVII

Hay un animal que me sueña
y me despierto
con su sabor en la boca.

Es carnívoro
y el sabor de la sangre que paladea
me queda
durante todo el día.

Cuando reviso mis uñas
no veo rastro de violencia
pero el olor me confunde.

Sueño de animal que come a otro.
Sabor de animal masticado
y crudo,
olor a carne
recién cazada.

Saludo a la gente con la que me cruzo
mientras voy al trabajo
y sonrío.

XVIII

Escucho el ruido
y sé que algo pasa afuera.

La pared no me deja ver
y crece el miedo,
echa raíz.

¿A qué le temo?

Lo que sea que esté afuera
que se vaya
o por lo menos
que no entre.

La puerta está cerrada
¿está cerrada?

Ya no hay ruido
¿se fue?

Los perros gruñen
desde la cucha.

Están esperando
que alguien los defienda.

XIX

Se repite el paisaje
una y otra vez.

En el camino hay un animal
incendiándose
una y otra vez.

Doy vuelta la cara y
me tapo los oídos.

La fiera ardiendo sigue buscándome.

No se puede ignorar
lo que el olfato sabe.

Una y otra vez.

37

Aprieto los ojos,
pero en la nariz
en los oídos
nada termina.

Una y otra vez
ese paisaje animal

apesta
y chilla.

XX

Y a mí no me vengan con eso
de que los pájaros emigran juntos.

Los he visto
abandonar la bandada,
golpear los vidrios
pidiendo comida,
escondidos de los otros
deseando que no los vean
mendigando las migas
que les tiran en el parque.

XXI

¿Qué cabe en el cuenco de tus manos?

¿Y en el pliegue oculto
de tus dedos?

Adentro de esa perra
hay alguien
que mira
a través de sus ojos.

Nada dicen sus patas
ni sus colmillos.

Quienes suplican
son los ojos.

Mamushka monstruosa
que late duplicada.

Hay prisiones
que ni los sueños
se atreven a sugerir.

XXII

A veces la muerte te sigue
con hocico de perro
tras su presa.

No muerde
pero muestra los dientes.

Anoche volvió después de dos años
en silencio
y con la misma rabia.

La luna tiene sombras.

XXIII

El perro muerde la madera de la puerta
y construye un hueco
para ver a la abuela.

Ella sabe de proezas de amor
como esa
pero hace frío
y el perro es de afuera.

En el patio apenas hay lugar
para un ladrido.

La puerta cruje
y un arrebato de viento
la calla
de golpe.

De niña ella vio
cómo el poder
les prohíbe el paso
a quienes abren los caminos.

Entonces llama al perro
para que entre.

XXIV

Quiero escribir un poema a una marmota
pero nunca vi una
y no sé cómo es.

No quiero preguntar, por eso del prestigio,
un profesor
no puede ignorar
ciertas cuestiones.

Quisiera que comience así
“la marmota cava lento”
porque eso sí sé,
que las marmotas son lentas
aunque no sé si cavan
o trepan o nadan.

Mejor voy a escribir del perro
del que tengo en el patio
ese sí lo tengo visto
y es lo más parecido a una marmota
que conozco.

Despedida

*Lo veo alejarse
y pienso
en mi padre.*

*En
lo
de
él
que
no
guardo.*

Graciela Cros
La cuna de Newton

XXV

Creo que crecí un poco
la primera vez que te llamé
por tu nombre.

Quería saber si podía.

Gastón –te dije– y se me confunde
la respuesta en tus ojos.

No puedo acordarme.

Vuelvo a algunos lugares:
el pasillo del hospital
(¡vamos Pa!)
la puerta que se abre
la humedad en la pared rota
(¡dale viejito!)
la sala de rayos
y tu equilibrio que no está.

Pero termino otra vez en tus ojos
aquella última vez
desde la cama.

¿Cómo te dije
entonces?

¿Cómo te voy a decir
la próxima vez?

XXVI

Nunca supimos
cómo quedaron las cosas
ahí adentro
ni preguntamos
si podíamos hacer algo.

¿Hicimos algo?

La casa está vieja,
silenciosa.

Que no se enferme.

Afuera los árboles crecen
y adentro sus sombras
dan frío.

Hay que abrir las ventanas
limpiar los vidrios
tocar la tierra y beber el sol.

Cae llovizna.
Salgamos.

XXVII

Es tan difícil poder llevarse la comida a la boca.
Tan difícil.

Las cosas más difíciles son las que no se piensan
como aprender a respirar
o llevarte la comida a la boca.

Cada almuerzo
en que no llegan los familiares.

Cada cena
y además estás atado.

Cada desayuno
y los ojos perdidos
y el ahogo.

Respirar / masticar / tragar
son tareas difíciles
como atender el teléfono
cuando llaman del hospital.

XXVIII

Detrás de ese biombo
una familia acompaña
a su enfermo.

Todos hablan a la vez
de lo que va a ocurrir mañana.

No saben, por eso opinan,
para sentirse seguros
y tranquilos.

Acomodan las cosas
una y otra vez
y el hombre les pide
que se calmen.

Su voz trae recuerdos del norte
que sus hijos ya olvidaron.

De este lado del biombo,
estamos en silencio.

Ya dijimos todo

después de quince días
y seguimos sin saber
lo que va a ocurrir mañana.

XXIX

¿Sabrá el viento traer algo tuyo?

La noche ya se fue.

Los perros duermen en la calle
debajo de otro sol.

Nada es lo mismo
aunque esto ya sea viejo.

El reloj repite las excusas.

¿Y si el viento no pudiera traer
algo tuyo?

¿Y si la lluvia solo fuera
lluvia?

¿A quién más pedirle?

Con lo que pasa en los sueños
no me alcanza.

Recuerdo tus manos
siempre
tus manos
tan grandes cuando era chico
tan frágiles antes de irte.

¿Pienso en el viento
o lo recuerdo?

El viento, como vos,
sabe silbar.

XXX

Golpean la puerta
y pregunto quién es.

El silencio responde.

Es difícil saber
quién es uno.

Abro la puerta.

No hay nadie.

Afuera no hay nadie
pero afuera están todos.

XXXI

Nací de un brote ardiente
y trasplantado
en la frontera.

No encuentro casa ajena
ni digo cuál es mía.

Índice

11. La frontera es una sogá

I. 13

II. 14

III. 15

IV. 16

V. 17

VI. 18

19. Infancias

VII. 21

VIII. 22

IX. 23

X. 24

XI. 25

XII. 27

XIII. 28

29. Animales

XIV. 31

XV. 32

XVI. 33

XVII. 35

XVIII. 36

XIX. 37

XX. 39

XXI. 40

XXII. 41

XXIII. 42

XXIV. 43

45. Despedida

XXV.	47
XXVI.	49
XXVII.	50
XXVIII.	51
XXIX.	53
XXX.	55
XXXI.	56



59. ¿Quién teje?

67. La lengua de los pájaros,
por Silvia Castro

¿Quién teje?

Jorge A. Maldonado Vigoroux

Nací un 25 de octubre de 1976 en Puerto Montt. En 1978 llegué a Comodoro Rivadavia, ciudad de la Patagonia donde vivo y donde mis padres se conocieron. Viví también en El Bolsón y en Santiago de Chile. En cada uno de estos lugares, habité al menos en cuatro casas diferentes; y siempre, entre ciudad y ciudad, entre mudanza y mudanza, volví a Comodoro. Me encanta viajar y los camiones de mudanza avivan mi curiosidad, mi imaginación y mis recuerdos, igual que la escritura y la lectura. Mi apodo es Andy.

Soy profesor de Lengua y Literatura y trabajo en escuelas secundarias. Hace una década coordino talleres de derechos humanos y poesía para jóvenes y adolescentes. Me encanta mi trabajo y creo profundamente en la escuela pública, gratuita, laica, de calidad e inclusiva. Soy parte de un grupo de investigación que estudia la literatura y la cultura de la Patagonia y de Latinoamérica. En el marco de las producciones realizadas por este equipo, publicamos, de modo colectivo, el libro *La Patagonia habitada*, editado por Editorial UNRN, en 2019. Desde 2008 codirijo un colectivo de artistas que se llama Peces del desierto junto a Luciana, mi compañera.

Siempre me gustó escribir o inventar historias, desde chico. No sé por qué. Recuerdo un viaje que hice al campo donde vivía una bisabuela paterna. Afuera había una hilera de ciruelos con la fruta madura tirada en el suelo. Adentro, una cama cubierta con una sábana blanca y un panal de abejas. Cómo olvidar esas extrañas imágenes; pero también recuerdo las caminatas al lado de mi papá, algo simple e inolvidable. Creo que lo extraordinario y también lo sencillo de nuestras experiencias son semillas de poesía, y depende

de cada persona dónde las siembre y cultive. Lo que sí sé es que no controlo aquellas circunstancias que me marcan, vuelven a andar por mi corazón y se convierten en palabras.

En 2011 me presenté a la convocatoria del Fondo Editorial de la Provincia del Chubut, con un poemario llamado *La mitad del mundo*, que fue seleccionado y editado, y se transformó en mi primer libro publicado. *La frontera es una sogá* es el segundo.

La palabra como ejercicio de libertad

La poesía no respira solo en un poema, ni en los libros de literatura. Tampoco es algo que exclusivamente hagan los poetas o la gente adulta. Existen muchas cuestiones del habla y de la vida cotidiana que son poéticas y muchas veces se quedan dando vueltas en mí. Cosas que dice alguien de la familia o las personas en la calle, realidades que no necesitan de la palabra escrita y también son poesía. En algún momento entendí que era con esa materia que quería trabajar, alimentar mi lenguaje y mi escritura. De ahí surge mi elección de la poesía como un modo de escribir, pero también de escuchar, pensar y experimentar el mundo, lleno de muchos mundos, y también, lamentablemente, de muchas violencias. Entre estas violencias están las que se reproducen en el lenguaje ordinario, contra el que arremete la poesía, incluso desde adentro. A ella me acerqué a partir de la música.

Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota concentraron mi curiosidad y mi imaginación en mi adolescencia. Con mi hermana Rocío esperábamos pegados a la radio, con un casete listo para grabar, que pasaran alguna de sus canciones y la repetíamos hasta aprenderla entera. Anotábamos fragmentos, deducíamos significados, pensábamos posibles interpretaciones, y a veces creíamos haber encontrado un secreto oculto en una frase o en una palabra. Otras veces, reconocía que no podía entender todo lo dicho o sugerido y me conformaba.

Cuando era chico, el único libro de poesía que había en mi casa era una antología que mi abuelo le había regalado a mi mamá.

Cuando leía algún texto de ese libro también tenía la sensación de no haber captado todo. Esa doble experiencia con los textos poéticos, la del placer y a la vez la de la (in)comprensión, se amigaron a medida que fui leyendo más, que fui entendiendo que toda experiencia lectora es múltiple y personal, y que no hay un único sentido que atrapar.

Mientras estudiaba, tanto en la secundaria como en el Profesorado de Lengua y Literatura, la poesía no era elegida en las cátedras para leerse ni estudiarse salvo contadísimas excepciones. Quizás esta ausencia de la poesía en las aulas tenga que ver con la frustración o el temor que produce el hecho de abordarla con herramientas desacertadas, algo así como tomar sopa con un tenedor, y reprocharle a la sopa su falta de adaptación. La búsqueda de interpretaciones únicas, al modo de responder qué quiso decir el autor, o el uso de los textos poéticos para la enseñanza ortográfica o gramatical, son ejemplos de ese tratamiento que asfixia a la poesía en la escuela.

Cuando tenía 18 años conocí a Luciana, quien desde entonces es mi compañera. Mucho de lo que no sabía y ahora conozco me lo compartió ella, que ya leía y escribía poesía. Que en cualquier lado puede estar la poesía es una idea ahora habitual para mí, pero que, recuerdo, llegó temprano con Luciana. En 2008, junto con ella y artistas de Comodoro Rivadavia, creamos un colectivo artístico que se llama Peces del desierto, con el que continuamos trabajando hasta hoy. Con este grupo hemos publicado plaquetas, fanzines y libros artesanales de más de cuarenta escritores y escritoras de toda la Patagonia argentina. Asimismo hicimos numerosas presentaciones, talleres, jornadas y conversatorios que nos permitieron conocer, difundir y estudiar a muchos poetas de esta región. A partir de este proyecto, con algunos y algunas poetas comenzamos a compartir

diferentes actividades que, en torno a la poesía, ampliaron mi mapa literario y afectivo. Este trabajo grupal del que participo es uno de los haceres que más me alegra y enorgullece porque me permite pensar en, y apostar a, un nosotros, a un ser plural.

Para mí, escribir no es fácil. No tengo una rutina de escritura. Lo hago cuando no aguanto más. A veces la cosa termina bien y me acerco a un estado de felicidad. Otras veces salgo decepcionado. No despliego estrategias ni entreno planes de escritura. Más bien, al menos en el inicio, escucho algo que acontece, sin mi control ni dominio. Esto comienza, a veces, con una palabra, su musicalidad, su ritmo. Otras veces arranca con una idea o una imagen de cualquier naturaleza. Escribo en la computadora porque me ayuda a no dejar rastros de las intermitencias de las dudas, de las macanas corregidas. Mi primera lectora siempre es Luciana. Esto me ayuda porque sus lecturas son muy críticas pero también amorosas, y ese es un buen lugar para tomar impulso para corregir y seguir.

Creo en la poesía como un derecho de todos y de todas. Creo en la poesía más allá de un poema, de una obra o de un o una poeta. La poesía ofrece una forma de acercarnos y de concebir la realidad distinta y alternativa a la impuesta y dominante, que da todo por clausurado, dado, unívoco. Por esto que digo es que confío en su poder de transformación. Negarnos la poesía es dañar la posibilidad de ser un poco más libres, de preguntarnos cómo sería todo si fuera distinto. La poesía multiplica la posibilidad de convertir, subvertir y revertir los sentidos de aquello que ocurre en este lugar que llamamos mundo.

Todas las personas tenemos derecho a expresar y comunicar nuestras experiencias, deseos, miedos, inseguridades, saberes. Derecho a las palabras, pero también a las distintas formas de usarlas y compartirlas. A mayor conocimiento de las distintas posibilidades

de expresión, mayor equidad para el ejercicio de la libertad. Una canción, un dibujo, un discurso, un baile son algunos de los territorios donde la poesía puede crecer. Las redes sociales, la cámara de un celular, el *freestyle*, pueden ser las herramientas y también los lugares donde los más jóvenes apuestan y preservan lo poético, su fuerza vital, su inconformidad. No siempre ocurre, claro, pero cuando ocurre es maravilloso.

Los viajes, las mudanzas, el lenguaje y el decir, la infancia y la escuela, la animalidad y la muerte, en particular la de mi papá, son algunas de las experiencias que organizan y construyen este libro. Todas ellas funcionan como fronteras y sogas, un par que alude a lo material y a lo simbólico y puede combinarse de muchas formas. Soga que rescata o ahorca. Frontera que es un puente o un muro infranqueable. Así, en versos y reversos como la poesía.

La lengua de los pájaros

Silvia Castro

Afuera

será otra vez bandada.

Olvidarán su nombre.

Jorge A. Maldonado Vigoroux

*La frontera es una sog*a da nombre al libro y, también, a la primera de las cuatro partes en las que está dividido. Cuatro series poéticas despliegan consideraciones acerca de identidad y territorio: «Busco el Sur / como quien busca el miedo / para que lo abracen». También, explora los límites de la palabra: «Si hay traicionera mayor / que mi lengua / que me lo digan».

Si pensamos el lenguaje como un objeto que no puede ser aprehendido, pero también una morada donde habita el ser, la puerta de entrada a su verdadero acontecer ¿es el hablar humano o el hablar del lenguaje? En la primera parte de este libro el lenguaje no se habla; se escucha.

¿Cómo decir? La voz poética vislumbra las palabras como señales de fractura de la representación de lo que se ve o cree entrever. Nos acerca a esa presencia–ausente del otro–en–mí, ese espacio de tensión que se mueve justamente en un lugar de suspensión, sin cierre, sin centro. Una sog a tensa la pregunta, ahoga, pone la patria entre paréntesis, y en esa intemperie, nombra, anudando lo que escapa, lo huidizo, lo arbitrario. La lengua es una sog a bajo los pies: «y estos perros ladran y muerden» un «equilibrista inexperto» que cae y cae, siempre afuera.

¿Somos los humanos seres lanzados al mundo sin finalidad ni sentido, arrojados como voces perdidas en el desierto? Infancias, la segunda parte, corre el foco del lenguaje y se vuelve más testimonial, adoptando las voces de personajes—niños que dan cuenta de su suerte o son traídos por el relato de un observador adulto cercano, querido. La voz poética se contamina y disemina en un múltiple sujeto enunciador inquisidor y castigado, que alza su reclamo. Qué y cómo ver, cómo decir esas infancias, cómo encontrar palabras para lo que se tiene delante de los ojos y murmura en su mutismo. Las reverberaciones de preguntas al profesor y rogativas al Señor se superponen en una polifonía que pide cuentas al mundo conocido, buscando un lugar, un sentido: «¡Que me griten lo prohibido a mí, a ver! / ¡Que me digan qué no puedo! / Que se acerquen prepotentes. / Que me amenacen con el futuro / o con el presente / que tus hijos tienen que comer / que qué vas a hacer mañana. / Yo leo, a vos te digo, / yo pienso, te repito, / vení, / que aquí estoy / para hacer caso».

En esa incompletud y apertura del poema a la multitud, en esa voz desgarrada, se vislumbra una identidad fragmentada que produce en la lectura inestabilidad, desasosiego, desafío.

En *Animales*, la tercera parte, quizás se trate de fundar una antropología personal, que va a hablar del ser humano a partir de las bestias: «Adentro de esa perra / hay alguien / que mira / a través de sus ojos». Un bestiario reducido a buscar en lo cercano lo que da cuenta de lo distante. Ya no lo exótico, sino lo endóxico. «Mejor voy a escribir del perro / del que tengo en el patio / ese sí lo tengo visto / y es lo más parecido a una marmota / que conozco».

La pregunta «¿Algún testigo / dirá / mi muerte?» anticipa la temática de la serie final, formando parte de un juego de remisiones semánticas que se da en las cuatro partes del libro. Por tal motivo,

también, se retoma la idea de patria, territorio, identidad, de la primera parte: «El pájaro quiere salir / pero el aire / no tiene fronteras. / Afuera / será otra vez bandada. / Olvidarán su nombre.»

Despedida, la última parte, es un texto de duelo. Evoca al ausente desde la imposibilidad de nombrar: «¿Cómo te dije / entonces? / ¿Cómo te voy a decir / la próxima vez?». Reaparece, como hilo conductor, la reflexión sobre el origen y la apelación al poder: «Creo que crecí un poco / la primera vez que te llamé / por tu nombre. / Quería saber si podía», dice la voz del hijo que compara el tamaño de la mano paterna evocada y la actual, empequeñecida por la enfermedad y la rutina de la sala de urgencias, la convalecencia, sus biombos y sus revelaciones: «afuera no hay nadie / pero afuera están todos».

Cómo hablar de estas cosas tan comunes como excepcionales, cómo asediarlas, cómo hacerlas salir, arrancarlas del caparazón del dolor, cómo darles un sentido, una voz: que finalmente hablen de lo que existe y de lo que existió: «las cosas más difíciles son las que no se piensan / como aprender a respirar / o llevarte la comida a tu boca».

Aunque la palabra no sucede dos veces del mismo modo, «se repite el paisaje / una y otra vez». El hombre es un animal que come otros animales, y puede ser comido por ellos.

Son mutuo alimento, testigos mutuos: «En el camino hay un animal / incendiándose / una y otra vez». Con el sonido, el sabor y el olor del lenguaje «una y otra vez / ese paisaje animal / apesta / y chilla».



Universidad Nacional
de **Río Negro**

Coordinación editorial: Ignacio Artola
Coordinación de edición: Diego Martín Salinas
Curaduría de poemas: Iris Giménez
Edición de textos: Diego Martín Salinas
Diagramación y diseño: Sergio Campozano
Imagen de tapa: Editorial UNRN, 2020



© Universidad Nacional de Río Negro, 2020.

editorial.unrn.edu.ar

© Jorge A. Maldonado Vigoroux, 2020.

La Tejedora es una serie monográfica identificada con ISSN 2683-796x

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Maldonado Vigoroux, Jorge Andrés

La frontera es una sogá / Jorge Andrés Maldonado Vigoroux;
prólogo de Silvia Castro.

Primera edición - Viedma : Universidad Nacional de Río Negro, 2020.

72 p. ; 19 x 13 cm. - (La tejedora)

ISBN 978-987-4960-35-1

1. Poesía Argentina. I. Castro, Silvia, prolog. II. Título.

CDD A861



Licencia Creative Commons

Usted es libre de: compartir, copiar, distribuir, ejecutar
y comunicar públicamente esta obra, bajo las condiciones de:

Atribución – No comercial – Sin obra derivada

la tejedora

Esta colección quiere incentivar la lectura con un decidido anclaje en el territorio y el paisaje patagónico.

Serie Poesía

Biología, de Gabriela Klier

La frontera es una sogá, de Jorge Maldonado

Lengua geográfica, de Natalia Salvador

El silencio es un punto de partida, de Damián Lagos Fernandez

La ruta de Ícaro, de Carina Nosenzo

Puelches, de Silvia Castro

Serie Narrativa

Crucigrama, de Laura Calvo

Vidas dichosas, de Sebastián Fonseca

Todo lo que debemos decidir, de Mónica de Torres Curth

El banquete de los monstruos, de Fabiola Soria

Al sur del río sin tiempo, de Walter Nieves



Entrá y conocé más de la colección

LA FRONTERA ES UNA SOGA

fue compuesto con la familia tipográfica Alegreya Sans en sus diferentes variables.

Se editó en octubre de 2020, en la Dirección de Publicaciones–Editorial de la UNRN.

“Nací de un brote ardiente
y trasplantado
en la frontera.
No encuentro casa ajena
ni digo cuál es mía.”

Los viajes, las mudanzas, el lenguaje y el decir, la infancia y la escuela, la animalidad y la muerte (...) son algunas de las experiencias que organizan y construyen este libro. Todas ellas funcionan como fronteras y sogas, un par que alude a lo material y a lo simbólico y puede combinarse de muchas formas.

Jorge Maldonado Vigoroux



Universidad Nacional
de Río Negro

